

ven poquísimos hombres, tendidos algunos como en extraño letargo, descendientes quizás de raza de árabes como despatriados en la que fué su gran patria ; manadas de chiquillos de ojazos negros y tez gris, medio desnudos, corriendo por el arroyo, acurrucados en el fondo de una puerta ó debajo de las ásperas chumberas ; mujeres peinándose en plena calle, inmóviles al pie de un muro ó llegando de la fuente; figuras todas colocadas como figuras de un cuadro, de un cuadro triste y colorido á la vez, característico y típico, oriental y cubano, con ribetes de salvaje y dejos aristocráticos.

Al llegar á la cumbre de este barrio, la Alhambra entera apareció delante de nuestros ojos como nebulosa aparición de otras edades. La lluvia arreciaba, caía con estrépito de negras nubes que pasaban, volando silenciosas, y el gran palacio con sus torres rojizas, más rojas todavía por la humedad que bajaba por sus muros, sentada sobre su inmensa cesta de flores, parecíanos llorar su desventura. El Darro corría allá en el fondo del valle, y su agua rojo-siena, entrando en la ciudad moderna parecía teñida del sudor del propio gran edificio, parecía llevarse poco á poco sus ruínas, arrastrar sus murallas, estucos y filigranas ; y fundirse en el barro de la miserable tierra aquel portento de arte de todo un pueblo poeta.

## II

## El Generalife

¿ Qué misterio tendrá el Generalife, que tan sólo su nombre nos evoca tantos ensueños ? ¿ Qué contendrán aquellos blancos muros, que á su sola memoria cantan los poetas, entornan los ojos las mujeres, se quedan pensativos los hombres y se enturbian las cabezas más serenas ? ¿ Qué es el Generalife, pensábamos á la noche siguiente de nuestra llegada á Granada, rodeados de libros que nos hablaban del edificio que teníamos á tan poca distancia de nosotros ?

« El Generalife, decía el árabe Dernburg, es el jardín proverbial, por la abundancia de sus rosas, por la claridad de sus aguas, y el fresco soplo de los vientos perfumados ». « El Generalife, dice Palacio, es

Un templo ayer de amores y de gloria,  
Y hoy... página infeliz de nuestra historia.»

Del Generalife, decía otro árabe: « Alabado sea aquel que te crió, y compadécete de los que te destruyeron » ; y una dama escribía del Generalife : « Delicioso para el amor » ; añadiendo Valladar : « Nido de amores, mansión de sultana favorita, refugio de reyes, retiro acariciado por el perfume de las flores, los misteriosos susurros del bosque y el murmullo de las fuentes ».

Tales eran los conceptos que leíamos tratando del palacio misterioso, del jardín de los jardines, hermoso entre los hermosos, de la cuna de mirtos y laureles, apoyo de la yedra y plantel de las columnas de mármol, del rincón íntimo de sultanes y odaliscas, y al leerlos ansiábamos descorrer el velo de aquellos muros blanquísimos, en cuanto llegara el día.

Llegado ya, con el ansia con que se acude á una cita artística, con ese afán del que va á recoger impresiones en pos de una novia que sólo se conoce por retrato, con esa indecisión de la esperanza que teme el desengaño, mirando la silueta del palacio dormitando entre jardines, nos acercamos á él y penetramos por una sencilla verja sombreada por nogales. A poco penetramos en un paseo de cipreses que, recortados en cilindro y formando en dos hileras, cual dos muros de finísimo follaje, cierran el ánimo á toda contemplación que no sea el Generalife. Espesos, bruñidos de ese verdor perenne y modelado que tienen los viejos jardines, con esa pátina de las plantas de abolengo, con esa forma impuesta á los caprichos de árbol domado por educación aristocrática, explica al viandante que allí no se entra en un jardín advenedizo, sino en alcázar perfumado por la mano del artista y las caricias del tiempo.

Largo el muro como visión de Maeterlinck, se anda por un corredor severo y blandamente arenado, y al doblar una esquina, se domina el paseo de cipreses más soberbios de la tierra. Árboles centenarios, carcomidos de vejez, que vieron pasar por sus plantas la vida íntima de los reyes de Granada, oyeron los suspiros de la música de Omar, sombrea-

ron las blancas túnicas de las claustradas sultanas, sirvieron de celosías á las cantadas Odaliscas de Occidente, envolvieron y ampararon sus amores en amplio regazo de sombra, y hoy, erguidos y canosos, rugoso el tronco y cruzado de nerviosas fibras, que suben á dar vida á los mechones de cenicienta verdura, parecen centinelas de aquella blanca fachada, que como un cisne se ve acostada en el fondo.

Allí está el Generalife. Se abre una pequeña puerta, y al entrar en el recinto, un aroma inexplicable, un aire impregnado de poesía, un murmullo de agua saltando sobre la piedra, una brisa que hace gemir y cantar las hojas, una mirada de las flores, un no sé qué que llega en vibraciones de luz, envuelto en modelada armonía, deja suspenso al que entra, le hace gozar de un algo maravilloso y abre las puertas á los ávidos sentidos.

En primer término, una taza de mármol, estriada como una concha y rodeada de macetas mirándose reflejadas; á cada lado, dos columnitas mates y amarillentas como cuello de mujer; con sus tenues capiteles sosteniendo tres arcos en sus débiles espaldas; á un lado, un muro oculto detrás de laureles y naranjos; al opuesto una larga y diminuta galería de un blanco de reflejos de oro, arqueándose hacia el fondo; en el centro, un canal tranquilo como una fuente y alegre como un riachuelo, escurriéndose callado y asomándose á sus aguas hasta besarlas y sentir la frescura en sus hojas y corolas, un rubio campo de flores; rosas de otoño de un carmín tornasolado, cristantemas despeinadas revolcándose y desperezándose por el suelo, geranios

como puntos encendidos, claveles desbordando sobre un lecho de verdura, y en el fondo, cerrando este jardín sin igual, cinco arcos, seguidos de otros arcos, calados con primores de ornamentación geométrica y arabescos como blondas, y todo ello pequeño como un claustro bizantino, recogido, callado como un secreto, suave de colores como un traje de virgen primitiva, melancólico como un canto oriental, con luz velada de patio y esplendores de aire libre, y todo hecho á propósito para hablarse con misterio, acompañada la voz por arrullo delicioso.

Desde allí se entra á las habitaciones, blancas de ese blanco exclusivo y soberano de Granada ; de ese blanco de estuque con huellas de oro y colores, que el tiempo ha borrado lentamente con exquisito cuidado, no dejando más que señales ; de ese blanco que no da sombra á sus relieves ; de ese blanco suave al tacto como mármol sin frío y á los ojos como plumas de cisne ; color sin color vestido de medias tintas, y empañado solamente del aliento de los años, sin manchas en su piel blanca ni arrugas en su cara immaculada. Sin duda aquellas salas, en su época de esplendor, no podían hollarlas más que descalzos pies de mujer, eran escritas para ojos femeninos, y sus finísimos bordados « semejantes á las flores del jardín », parecían dictados por su propia fantasía ; son arte hembra con todos sus caprichos momentáneos y deliciosos encantos y todas las sutilezas de un débil refinamiento.

Desde el fondo de estas salas, detrás de las celosías, veíase allí lo que hoy pueden ver los ojos, con los balcones abiertos. La sierra de Elvira, rosada y

en forma de cono, guardando los restos de Hiberis ; la inmensa vega de Granada, famosa en todo el mundo, con manchas blancas que son pueblos, con tintas verdes que son bosques de laureles, con notas coloridas que son flores, y con puntos cenicientos, alineados que son montañas de olivos. El Genil, escurriéndose en su curso dichoso entre cipreses, indeciso en su curso y enroscándose coquetamente para mayor hermosura ; el Darro, bajando á reunirse para juntos seguir la misma poética vía ; Granada entera, vista en plano de relieve y encaramándose por el cerro, con sus tejados cenicientos, sus pequeños campanarios brotando de entre el montón de viviendas, apiñada en la llanura y esparcida en el barrio moro, acurrucadas las casas á la sombra de los cármenes. Más cerca, el Sacro Monte, con sus blancas madrigueras abiertas en el terruño, rodeadas de pitas y defendidas por espesuras de chumberas. Más cerca aún, la inolvidable y única silueta de la Alhambra, pisada por el palacio de Carlos V, derruido en su infancia, con sus torres rojizas asomando al precipicio, sus tejas de cerámica bruñida, sus patios entrevistados entre el misterio de los muros, sus ventanas, pequeñas como ojos del edificio, abiertas en anchos y desolados paredones, mirando á sus pies el siniestro barranco de la cuesta de los muertos ; y entre el valle y el balcón, un bosque encaramándose hasta besar los muros del alcázar soberano, y un cielo extendido con toda la inmensidad de su amplia bóveda, sirviendo de cortina azul ó de escenario á las nubes.

Cerrado aquel balcón, otra vez el ánimo encuéntrase subyugado por el incienso de flores, y el atrac-

tivo especial de aquel palacio encantado. Al lado del aposento, un ruido como un canto, un rumor de agua sospechado anuncia otro jardín, y una puerta invita á penetrar en su recinto, con esa atracción que inspira lo vago y desconocido; y adviértese, pasado el umbral, que si el primer patio es hermoso, quizás este segundo le aventaje, en sobria placidez de líneas y grato encanto á los ojos.

El agua, como anunciaban sus canciones, es el primer elemento decorativo de este patio; y es imposible imaginarse sin verla y sentirla allí mismo, el suave arrobamiento que inspiran su ruido, su luz y su transparencia. Aquí salta de un surtidor de piedra, y chocando en el borde de la taza, cae espumosa en ribetes luminosos; allí, se desliza por amplio canal verdoso y, dando la vuelta al patio entre severos arroyos, recibe la lluvia de otros filos, que caen cruzándose en bóveda tornasolada. A un lado pasa corriendo, al otro se desliza suavemente ó se encharca para servir de espejo á los altos laureles de su orilla; más lejos se entretiene formando círculos y ensanchándose sobre su tersa y modelada superficie, y su voz repercute por el patio como voz de cristal chocando sobre el mármol, como murmullo de música inexplicable que embelesa los sentidos y deja un rastro de alegría al corazón. Siguiendo el agua, bordéanlas largas matas de mirtos en simetría aristocrática, formando tupida cerca que se dobla reflejándose; las macetas asoman en lo alto de las paredes, cuajadas de colores y teniendo magnolias por toldo, y presidiendo y arriado en el muro, se levanta el ciprés en cuya sombra fué sorprendida una sultana con un abencerraje;

árbol soberbio, escuálido el tronco como columna de mezquita, echando las últimas hojas de su larguísima vida, allá en las últimas ramas y muriendo de vejez, después de haber sido testigo de siglos de juventud, amándose bajo su amparo.

Porque este patio, según cuenta la leyenda, en quien me gusta creer más que en la historia, era el íntimo retiro de las sultanas y odaliscas; las fuentes, en su fondo, habían reproducido la forma de unas mujeres invisibles á los mortales; la sombra de la noche había allí sorprendido y cubierto con su manto la silueta del sultán al lado de su escogida favorita, y los muros de laurel habían ahogado en su follaje coloquios confesados al oído, rumor de besos y sonrisas voluptuosas. Hoy mismo, sus ruínas tienen la vaga tristeza de los lugares que fueron teatro de añejas felicidades; las hojas parecen suspiros que brotan de antigua savia de ventura, y todo canta placer perdido, en ese mudo lenguaje de las cosas que llevan en sí el recuerdo.

Y aún no acaban aquí los patios y los jardines de ese palacio de sueños. Aún subiendo unos pedregales, se encuentra otro jardín, con sus diminutos caminos bordados por el boj en intrincada simetría, conduciendo á un kiosco de cipreses, recogidos en la sombra como un nido de mujer, y oculto entre cascadas de espesísimo follaje; aún subiendo se encuentra una escalera como un fondo de *Watteau*, estrecha y alta, entre bóveda de lianas, con dos ríos de agua bajando á cada lado con bullicio, y una fuente, en los descansos, rodeada de esbeltos lirios; aún se encuentran cascadas jugueteando y jarrones medio ocultos entre los nervios de la

yedra, y nuevos nidos misteriosos, y obscuras frondosidades, hasta que en lo alto del jardín se presenta una visión imprevista : Sierra Nevada, inundada de blancura, soberbia de grandeza, penacho del país del Norte, dominando un paisaje del Mediodía, colocado en el fondo por capricho de la gran Naturaleza, para servir de hermosísimo contraste á una florida llanura.

Comparando con ella el Generalife, sus diminutos jardines, vistos bajo los pies con los patios medio ocultos, parece más pequeño todavía, y como antes acudían á nuestra mente estas preguntas : ¿ Qué misterio tendrá este pequeño palacio ? ¿ Por qué moverá el ensueño, y hará cantar á los poetas, y su nombre será pronunciado dulcemente? No sé; pero creo que, así como hay artistas que del amor hacen poesía ó música ú obra de arte, hubo quien del amor hizo jardines, y fué el artista enamorado que ideó el Generalife.

El es marco de los amores reales, el nido de una raza, feliz un día debajo de los cipreses y luego desterrada de su patria, la verde alcoba de sus blancas ilusiones, jardín de espera anticipado á los cielos del Profeta, ó más bien es el claustro del amor, hoy desierto de sus reyes y sultanas, pero habitado por recuerdos amorosos que le legan su encanto y su poesía.

## III

## La Alhambra

Cuando llega la noche, guarecidos en nuestra humilde vivienda, y reunidos bajo el quinqué que tiene toda casa bien nacida y regularmente amueblada, por ley de relación sin duda, ó por otra ley cualquiera, es el caso que Utrillo, tomando la palabra concedida de antemano y atentamente escuchada, nos relata lo que, con perdón sea dicho, nunca tuvo interés para nosotros : los cuentos de las mil y una noches.

Explicados por él, en el ambiente árabe que gozamos, se hacen tan comprensibles, que los mismos metafóricos portentos que en otras tierras nos parecen locuras de enfermizas fantasías, aquí se caracterizan y suenan como relatos llevados por el aire que nos rodea. Aquellas mujeres, vestidas de tenues gasas, transformadas en columnas por obra de encantamiento, aquellas lámparas de oro pendiendo solitarias de techos nacarados, en el antro de cámaras misteriosas, aquellas aves con un brillante en la frente, columpiándose en palmeras aromáticas, aquellas fuentes manando fillos de plata sobre tazas de alabastro, aquellos califas dormidos á la sombra de laureles, visionando los cielos de Mahoma, todo aquel parto fantástico de un pueblo imaginativo, poeta y fatalista, parecen sueños gozados á la sombra de la Alhambra, ya que tiene tanta majestad su nombre, y el poder de su abolengo esparce tal aro-